





# ÁMBITO SUSTANCIAL



Juan José Vélez Otero

# ÁMBITO SUSTANCIAL



ARS  POETICA



Juan José Vélez Otero

# ÁMBITO SUSTANCIAL

Antología poética  
(1998-2018)

Selección y prólogo de  
JORGE DE ARCO

colección  
| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA  
*boutique de poesía*

*Ámbito sustancial*  
Juan José Vélez Otero

Colección: BEATUS ILLE  
Dirección editorial: Ilia Galán

© 2019 Juan José Vélez Otero  
© 2019 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.  
[Sociedad editora]  
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC  
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)  
Tel. (Cent.): (+34) 984 300 233  
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: febrero, 2019

ISBN (edición impresa): 978-84-17691-42-4  
ISBN (edición digital): 978-84-17691-43-1  
Depósito Legal: AS 00086-2019

Impreso en España  
Impreso por Quares

*Todos los derechos reservados.*

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*



«La casa se llena de vuelos y de cortinas sonámbulas...»

MAGDA ISANOS



# PRÓLOGO

Toda antología lleva implícita una mirada atrás, una vuelta al origen que avivó la llama de las palabras. Pasar las hojas del tiempo hasta el presente, hacer balance de lo escrito desde aquella edad que fue fugaz privilegio, es tarea grata, mas también compleja. Porque el *yo* que ha ido hilvanando con hilo grueso las líneas de su vida —y de su obra— no es el mismo; y en su otredad, cabe una conciencia distinta, contradictoria, aunque cómplice.

Este *Ámbito sustancial* de Juan José Vélez (1957) coincide —casi— con su medio siglo y con sus dos décadas al pie del verso. Desde que en 1998 viera la luz *Panorama desde el ático*, el poeta sanluqueño ha mantenido su celo y su fe literarias, y ha editado diez poemarios, al margen de otros tantos como traductor al español de poesía anglosajona (Donald Hall, Philip Levine, Yusef Komunyakaa, Jane Kenyon, Carol Ann

Duffy, Etheridge Knight...) así como la de los poetas palestinos Nathalie Handal y Najwan Darwish.

Esta compilación reúne en torno a un centenar de poemas que revela una voz confrontada frente al plural aprendizaje de la existencia, frente a la mortal condición humana. Su visionario escepticismo le devuelve hasta un íntimo humanismo, ora esperanzado, ora desasosegante. Y todo ello, tamizado por un verso de acento sentimental, ajeno a vacuas retóricas y cuya métrica respira tonalidades muy bien ritmadas.

Muchos de los textos aquí recogidos conjugan con el aserto de Cesare Pavese: «La poesía es una forma de defensa contra las ofensas de la vida». Porque, en ocasiones, ante su personal desconcierto, ante el vencimiento de la conciencia propia y colectiva, Juan José Vélez traza su discurso como un sincero desahogo, como un enérgico grito que convierte su verso en espejo y herida, en fulgor y bálsamo:

*El tiempo me robó la primavera,  
apagó mi nombre y dio a estos versos  
un límite de sol en la calle que habito.*

En la polivalente expresividad de sus textos se aprecia, a su vez, una voluntad comunicativa para con el lector. El sujeto lírico geografía el mapa de su acontecer, de lo revelado y de lo sensible, de lo huido y de lo perdurable, y al hilo de

una sostenida contemplación meditativa materializa su vívido cántico.

Desde la perplejidad de su interior abre las ventanas al recuerdo y deja que un pájaro de luz se pose en la soledad de su pretérito. Frente a él, el poeta alienta muchas de estas páginas que signan la necesidad de ganar la batalla a la nostalgia, de asumir los propios enigmas, de renombrar los espacios y los protagonistas que todavía quedan por llegar. Junto a esa acordanza candente se asoman, también, figuras familiares, escenas colegiales, amores juveniles, aromas y vivencias, al cabo, que disipan la niebla del tiempo y regresan como si quisieran ocurrir por vez primera:

*Lo que un día dejaste en el agua del pozo  
has venido buscando, pero el pozo está seco  
como nube en el horno de mañana de estío.*

Juan José Vélez es consciente de que la poesía puede ser el alma que nos salve de nosotros mismos. Por eso, su verso no es abstracción, sino realidad, no es ensoñación sino certidumbre que pasa y que pasea muy cerca del alma. A ella se anuda para explicarse e iluminar las sombras que generan las edades. En algún caso, intenta desasirse de ese concepto que concibe al ser humano incapaz de decidir sus actos, de reorientar su destino. Y en su interior reconoce que todavía queda espacio para modelar y articular pesares, dichas, me-

lancolías, venturas... Ese hombre solitario, «fugaz y trashumante/ que pasa las tardes mirando las veletas» quiere ser también un hombre solidario, escrupuloso en sus sentimientos, que extienda su idílica promesa al creer que la dicha cabe en lo que fue y en lo que es, ajeno a cuanto la vida tenga de efímero:

*Quién no ha pensado alguna vez  
que la alegría habría de llegar,  
una vez siquiera, con pies descalzos y tardíos,  
por la escalera angosta  
que sube a la derrota y al cansancio.*

Este *Ámbito sustancial* es, en suma, un sugestivo testimonio, una luminaria presencia donde late un corazón en libertad. Y en la sincera trascendencia de su mensaje reside su mejor virtud: hacer del verso morada, hallazgo y resurrección.

JORGE DE ARCO

Madrid, invierno de 2019

De  
*Panorama desde el ático*  
(1998)





Recuerdo los naranjos y la aulaga  
del sur, las noches lentas de verano,  
recuerdo de las tardes las campanas,  
las ebrias golondrinas, las paredes  
de gruesa cal y sombras de poniente.

Recuerdo, desde el ático, la lluvia  
camino del colegio, y las muchachas,  
de chicle las sonrisas, la acuarela  
frondosa de los parques y balcones.

Recuerdo.

Y desde el ático ahora veo  
la gris, quieta epidermis del asfalto,  
el gris, lento desfile de las nubes  
de otoño, de noviembre, de este día  
sentado en el salón.

Sobre la mesa  
la mano del recuerdo vive sola.

La aulaga, los naranjos, la epidermis  
tan dura del asfalto.

Y la desidia.

A qué esta sinrazón y este deleite,  
qué sabia languidez me colma el alma  
de fértiles lloviznas y de lucios  
calmados en las llamas del crepúsculo.  
A qué este azul litigio de la tarde  
me lleva hacia los pájaros cansados  
que buscan en las sombras las higueras  
dormidas por el láudano del tiempo.  
Yo, histrión sobre el triclinio recostado,  
engullo mieles y uvas de calendas,  
me absuelvo en el silencio etéreo y negro,  
en candidas sonrisas de vestales.  
De euménides un rito me acrisola  
en urna de cristal y cadmio blanco.  
No sé qué piedras ávidas de muerte  
me muestran las necrópolis hambrientas.

Volver la vista atrás sabe a saliva  
de pan y aceite humilde en los tunales,  
a los cañaverales donde el silbo  
de abeja solitaria detenía  
relojes en la tarde inacabable.

Volver la vista atrás sabe a alhucema  
y a los jacarandás de azules sombras  
que, altivos, en el parque custodiaban  
bullicios transparentes de canicas.

Volver la vista atrás, hacia las trenzas  
de blancos lazos y modestas flores,  
hacia los senos rosas e incipientes  
de la vecina tímida y hermosa.

¡Qué aroma de jazmín y madreSelva  
me cierra las pestañas!

En el sueño  
aún huelen los lejanos azahares.

Volver la vista atrás.

Insecto anclado  
en los balcones altos de la alcoba.

Qué solos los columpios de la plaza  
medidos por el viento.

Y la llovizna.

El tiempo inexorable en los tejados  
que cala como orvallo en la memoria.  
Tan solo los columpios en la lluvia,  
tan solo la quietud, la imperturbable  
fachada ante los ojos.

Y el olvido.

Ni pájaros, ni luz, ni flores blancas,  
ni cintas del color de la amapola.  
Tan solos los columpios de la plaza  
sin niños, sin ensueño, sin pasado.  
La lluvia en la fachada inescrutable  
sin luz, sin piedra blanca, sin rumores  
azules, sin ufanas cantinelas.  
La lluvia de cobalto ante los ojos,  
la lluvia de este octubre que no acaba.  
Detrás de los visillos hay siluetas  
de humanas soledades compartidas.

Ya sabes. Es tan bello este ostracismo,  
tenderme junto a ti, sentir tus dedos  
rodarme por la piel en esta alcoba  
caliente y apartada del vacío...

Lo sabes cuando beso, cuando hiero  
tu boca con torrentes de lavandas,  
lo sabes cuando busco tu saliva  
y toco tus pezones como almendras.

La carne hecha canela, el aire entero  
dehesas de ambarinas deliciosas.

Lo sabes que me huelen tus cabellos  
cual huelen las higueras en septiembre,  
cual huelen los geranios en los patios  
y el aire de los huertos tras la lluvia.

Es bello estar tendido, acostumbrado  
al musgo de las ingles delicadas,  
que solo el tragaluz sea blanca orilla  
del mundo que ahí afuera nos pretende.

Cuántas veces, la frente en los cristales,  
mirando caer la lluvia sobre el patio,  
pensaba – voz de cémbalos el agua –  
el niño en manantiales eviternos.

Espectros de la tarde y de las sombras,  
de insectos y campanas, proferían  
canciones ancestrales y espejismos  
hermanos de la fábula y el sueño.

La lluvia en la ventana y en los ojos  
la bruma vespertina de los muelles  
y hermosas procesiones de violetas.

La vida dio carlanca a la inocencia,  
al humo incierto y bello de la aurora.

Cuántas veces, su vaho en los cristales,  
la tarde rememora aquellos días  
y el hombre busca al niño desterrado  
clamando a las campanas del poniente.

El alma de la tarde, la belleza  
marchita de la luz en los portales,  
el múrice dorado de las nubes,  
los ecos mortecinos que el levante  
difunde por trigales y labranzas  
mortales son si mueren con nosotros,  
si mueren a los ojos y a la lengua,  
al tacto y a la flor de los sentidos,  
si un día han de acabar como acabaron  
las horas ya difuntas que, en su tránsito,  
capaces de asolar el tiempo, fueron  
veloces, fugitivos rayos mudos.

La tumba profanada de los sueños  
hoy huele como algas insepultas  
que no vuelven al mar con las mareas.

Dejadme contemplar el panorama:  
de piedra sueños muertos en sudarios,  
la soledad, el viento en las acacias,  
los folios del recuerdo, y el lamento  
de que algo se está yendo para siempre.

Va glauco declinando del invierno  
el día con su lluvia en los alambres  
de pájaros vacíos y de abejas.

Las flores de papel y los retratos  
callados en las sombras de los muebles,  
el ocre cenicero sepultando  
los restos de horas áridas y huidas.

Licores en las copas de la tarde  
hoy tienen el sabor del estramonio,  
y hay flores de alcanfor en los jarrones  
y sueños en espejos polvorientos  
que acaban duplicando la tristeza.

Monótona es la luz en los cristales,  
monótona en la piel de la verdina,  
monótona en la cal del campanario  
y en las desnudas varas de las vides.

La triste bordadora de las sombras,  
sentada al bastidor, hace sudarios  
con hilos arrancados al silencio.



Jamás lo olvidaré. Por las ventanas  
veíase la playa — entre las tunas —  
de arenas amarillas. Y los barcos  
azules, y las redes en el muelle.

Veíanse a lo lejos, en la bruma,  
la sal, las cañas verdes, las angostas  
veredas que llevaban a las conchas,  
los altos eucaliptos de la huerta,  
el humo de los buques hacia el río  
paciente entre la niebla y las marismas.

*La dulce boca que a gustar convida...*  
escrito en la pizarra por la mano  
del triste profesor. Aquel silencio  
de hormigas y bolígrafos baratos.

Jamás lo olvidaré.

Tenía los ojos  
del verde de los musgos en enero  
y el cuerpo despertando a la caricia  
cual nacen aguaturmas junto al río.

Jamás lo olvidaré. Yo la miraba  
callado en el enigma de la clase,  
mordiendo la emoción que engendra nubes.

*A fugitivas sombras doy abrazos...*  
*Escrito está en mi alma vuestro gesto...*  
Petrarca, Juan Ramón, Jorge Manrique,  
Quevedo, Garcilaso, Juan de Mena...  
la magia de los versos y del tiempo  
parado en los dibujos medievales.

Jamás lo olvidaré. Jamás la tuve;  
o sí, la tuve asida a la inocencia,  
la tuve en los poemas de la tarde  
sentado a la templanza de los sueños.

La tuve cuando era caballero  
y torpe trovador ilusionado,  
la tuve entre las juncias de mi patio,  
en jarchas y canciones provenzales,  
cuando la vida era, a nuestros ojos,  
un libro sin abrir, un mar ignoto,

*rumor de besos y batir de alas.*